



LUIS URBINA.

Señor Editor de la *La Revista Ilustrada*.—Nueva York.

Me invita Ud. á entrar á su palacio, y aunque vengo en traje de calle, cedo á tan bondadosa instancia y entro á él. No fué hecha para ser pisada por los pies de palurdo, como son los míos, esta soberbia escalinata de mármol; me impone respeto é intimida la magnificencia de la casa; quisiera subir por la escalera de los criados, escurrirme por los pasillos de la servidumbre, venir siquiera con mi vestido dominguero y mis únicos guantes de piel de Suecia; pero, atrapado de improviso, urgido cariñosamente por Ud., tengo de resolverme á darle gusto, aunque los apuestos y elegantes caballeros que acostumbran á frecuentar estos salones, se burlen de mi zafio aspecto y me motejen.

¡Qué desairados van á verse mis artículos en estas columnas de mármol, que sólo deben sustentar bronces ó estátuas! Para este búcaro, con tal primor labrado, ¡qué pobres son mis silvestres margaritas! ¡Qué toscos y qué burdos estos suecos míos, para la muelle alfombrada, hecha á oprimir, con suavidad de mano amante, los chapines de seda y las sandalias de oro entretejido! ¡Id pobres artículos al ángulo más obscuro del salón; buscad el rinconcito en donde se ocultaba el harpa aquella que vió Becquer, escondéos en los cortinajes de la puerta y presenciad, sin hacer ruído, sin que os vean, el desfile de las damas y de los galanes bien amados!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO GARCÍA"
Año 1925

Estos artículos míos siempre han vivido vida de hotel ú hospedería. Su trajín nunca cesa,—y en la existencia trashumante á que el destino los condena, corren tierras sin más maleta que el rugado y descolorido saco de viaje, en el que apenas caben los menesteres absolutamente indispensables: el tinterito en su estuche de plomo, la pluma en su cañuto de latón, y el lápiz y el cuaderno descosido, cuyas páginas apenas recuerdan ya que fueron blancas. Libros..... ¡qué han de llevar! cuando mucho algún diario de la mañana en la bolsa del cobre polvo. No tienen tiempo de leer obras ajenas, y como sólo se leen á sí mismos, cada día están más ignorantes y más necios. Ya los llama imperativamente un asunto político, ya los requiere el teatro, ya la novela nueva ó la flamante colección de versos: ora se lanzan entre los amigos reñidores para separarlos, ora asisten á alguna fiesta religiosa; y todo aprisa, inopinadamente, sujetos al antojo y al capricho de los editores, como esos malaventurados cómicos de la legua que van adonde le place al empresario y representan lo que él quiere.

¿Cómo trabajan? A la luz de un mechón de aceite en la mesa de la posada. ¿Cómo descansan? Con la inquietud de quien teme caer vencido por el sueño y aguarda oír de súbito los chicotazos del mayoral, los cascabeles de las mulas, el silbato de la locomotora ó la voz del mozo que llame á la puerta para despertarlo.

No, estos artículos mal vestidos, mal peinados; estos artículos que no leen; estos artículos cansados siempre de sus perennes correrías y de sus andancias sempiternas, no son para *La Revista Ilustrada* de Ud., amigo mío. Son para que yo los deje de paso y vergonzantemente en el mostrador de una imprenta, como si dejara á canija y enclenque criatura en el torno de una casa de expósitos. Son para que los lance á medio vivir, poco menos que desnudos, á la calle, á la prensa; como si la casa en que viven se incendiara. Su papel en el mundo es el papel de estraza en que se imprimen los periódicos. Y *La Revista* de Ud., es el hermoso vestíbulo de un gran palacio, construído para albergar á los magnates y á los próceres de la literatura hispano-americana.

Mas, puesto que se digna acogerlos y ampararlos, allá van escogidos y ojivados, que no á sus muchos vicios y defectos han de añadir el de malagradecidos.

¿De qué escribiré? ¡Sábelo Dios! El colibrí no sabe en qué flor libará mañana el néctar; la onda azul ignora qué barquilla va á sur-

carla; nadie dice al espejo cuál semblante copiará primero. Del paisaje que me hechice, de la mujer que me enamore, del niño que me sonría, del libro que lea, de la música que escuche dentro ó fuera de mi alma, de la golondrina que anide en el techado de mi casa, de la ilusión que me visite y descansa en mi hogar un breve rato, del amigo que se vaya, del verso que me roce con sus alasde eso, de eso escribiré.

Para dar comienzo á ésta mi humilde colaboración, voy á valerme de ardides y artimañas. No quiero entrar solo ni tan desataviado á *La Revista*. Mi estilo es incoloro; pero el cielo de México es muy azul, se ve tan rubio por las tardes, cuando suelta la luz su cabellera y se prepara al sueño! Yo no tengo flores: pero toda cubierta de flores duerme la virgen tierra mía. No tengo odas; pero tienen torrentes mis montañas. Soy pobre; pero mis poetas amigos son muy ricos.

Así que, hablaré á Ud. de nuestros sitios pintorescos, de nuestra ubérrima naturaleza, de nuestras mágicas leyendas, de nuestra historia, más increíble y hermosa que nuestras leyendas, de nuestros escritores, de nuestros poetas. Con estos últimos subiré las escaleras del palacio en que habita *La Revista* y así los comensales de Ud., los íntimos de la casa, los invitados á sus fiestas, dirán al ver lo desgarbado de mi traza y compararlo con el gallardo continente del amigo que me acompañe: Este paleta tiene amigos príncipes.

No muy caudalosa es nuestra corriente literaria; pero arrastra á veces guijas de oro, y en sus ondas se balancean nelumbios de belleza encantadora. Ya lo verá Ud. cuando le hable de Rafael Delgado y de su *Calandria*, novela que servirá de tema á uno de mis próximos artículos; novela descriptiva, llena de luz como los paisajes de Claudio el Lorenés, y de cuyas hojas—verdaderas hojas,—brota ese misterioso rumor nocturno de la tierra caliente, ese rumor del que no puede decirse si está en la atmósfera ó sale de la tierra ó cae de las estrellas; ese rumor en el que se mezclan y confunden el canto monótono de los árboles que adormecidos cabecean, el jadear del río lejano que va huyendo, el voluptuoso abanicarse de las palmas, el primer vagido de la flor recién nacida, la risa maliciosa de las cigarras solteronas y el rasguear de las vihuelas y las coplas de los mozos en la obscuridad de callejas culebreantes.

Ya hablaré de una *Pálida*, lánguida y simpática como hermosa convaleciente. Ahora, amigo mío, tomo del brazo al más joven de

mis poetas—dicen que la juventud *porte-bonheur!*—á Luis G. Urbina.

Siebel coloca tu haz de flores
Que el aire fresco del alba agita,
Mientras irradian los resplandores
En los cristales de mil colores
De la ventana de Margarita.

Sobre las tapias la enredadera
Cruje y ondula cual verde falda
Y asida al muro corre ligera,
Hasta que en torno de la vidriera
Prende festones como esmeralda.

Ya en los jardines que se embellecen
Bajo las frondas las aves trinan,
Y un misterioso contraste ofrecen
Con las estrellas que palidecen
Los horizontes que se iluminan.

Y mientras Fausto con sus dolores
Vela, suspira, llora, medita,
Se inunda el cielo de resplandores
Y Siebel deja su haz de flores
En la ventana de Margarita.

¿Oísteis ese breve tono de Gounod? Pues, Siebel es el poeta; su libro, el haz de flores. Veintiocho composiciones, y las más son cortas, forman el precioso volumen. Es un ramito de flores frescas, atado con el listón color de rosa que se le desprendió del corpiño á la novia..... como se desprenden todos los listones que saben bien cuál es su obligación.

Urbina es muy joven. Dice que ya conoce al Dolor; pero no es cierto: á la que conoce es á la primera novia del poeta: á la Melancólica. Tienen sus versos la trizteza apacible de la madrugada. Los envuelve, por decirlo así, una obscuridad azul. En esas elegías vagas, que andan revolando y como en busca de la tumba, descono-

cida aún, que las aguarda; en esas amarguras flotantes, difusas, que no se condensan ni toman cuerpo todavía; en esos llantos nerviosos; en esos quejidos débiles que están aprendiendo á hablar, más que dolor, revélase el presentimiento del dolor. La ventana está abierta para que entre la noche; pero apenas comienza á oscurecer. Ahora se eleva del río el vapor de agua en forma de neblina; ya se condensará para caer en lluvia de lágrimas.

Porque la poesía de Urbina se inclina á la tristeza, como joven hermosa y soñolienta que busca el hombro de la buena amiga. Hay poetas así, que nacen enamorados de lo pálido, y Urbina es uno de ellos. No tiene aún veinticinco años, y ya el ingrato quiere abandonar á esa querida siempre alegre, siempre bulliciosa, siempre retozona, deliciosamente embustera que se llama juventud, para irse con la mujer de besos quemantes, de la mirada que sale de muy hondo y va á lo hondo. Deja á la que ríe como Suzeta para irse con la que ríe como Gioconda. Veamos el retrato de este esquivo.

Urbina es bajo de estatura, casi del tamaño de su libro. Boca grande, dientes blancos, promesa de bigote en el carnosos y encendido labio; la cabeza que ha crecido más que el cuerpo, pesando demasiado sobre éste; el pelo ensortijado como si los versos lo despeinaran y revolvieran al salir; no pequeña la oreja, curiosa de oír todo; ojos brillantes, bruñidos, pavonados y de luto por alguien; ladeado el sombrero hongo, y bajo el ala, ancha la frente, limpia, abovedada como las naves de los templos en que habita un dios.

Urbina es rico en verso y pobre en prosa. Ese que canta los amores de Oberón y de Titania, cuenta en su oficina adoquines, baldosas, la herramienta de los fontaneros y las piedras entregadas á los empleados en las obras públicas. Canta en jaula.

Pero en ese papel rayado para operaciones aritméticas, se agazapa la poesía. De un o saca la cara risueña la quintilla, como hermosa acróbata ecuestre que brinca del caballo, y pasa, rompiéndolo, á través de un aro de papel. El 2, tendiendo su cuello de cisne, atrapa un verso. Caen en el 4 una estrofa bulliciosa. En el gancho del 5 préndese un romance, y en el obeso 8 caben dos sonetos. Cada resta es un terceto. Cada suma, una décima.

Parece imposible que poesía tan fresca no se entequen en su encierro. Porque la poesía de Urbina es fresca, por más que el quiera enfermarla. ¡Bah..! ¡Todavía esas lágrimas son de las que evapora el sol, de las que seca el aire libre. Son lágrimas de otros

.....de Musset, de Becquer, de Lamartine, de Heine. La flor cree que ha llorado cuando se siente húmeda de rocío; y no, no ha llorado ella, lloró el cielo.

Decidme si son de lágrimas ó de rocío los diamantes que salpican estos versos.

Entretanto, las ninfas desnudas
 En el lago tranquilas se bañan;
 Y los gnomos las miran de lejos
 Ensanchando sus ojos de llamas.
 Allá van! allá van! Perseguidas
 De los silfos. ¿Las véis? Son las hadas:
 En los juncos flexibles se posan
 Y recorren la atmósfera diáfana.
 ¡Cómo van despertando los besos!
 ¡Cómo llenan el aire de ámbar!
 ¡Cómo cruzan las frondas y en ellas
 Entretejen brillantes guirnaldas!
 Son las flores el tálamo en donde
 Acaricia Oberón á Titania.
 ¡Allá van.....! Allá van.....! Ligerísimas,
 Vaporosas, risueñas y aladas!
 ¿Y esas niñas vestidas de blanco
 Quiénes son? Las memorias de infancia.....
 Y esa tropa riente de silfos?
 Los primeros amores que pasan.....
 Ya descende el querub del ensueño;
 Ya surgís de la verde enramada,
 ¡Ilusiones, caléndulas de oro!
 ¡Mariposas de luz, esperanzas!
 ¡Cómo se ha transformado la noche!
 Cómo el hondo infinito se esmalta!
 Ah, qué inmenso poder es el tuyo!
 ¡Tañe, bardo, el laúd, canta, canta!
 Allí está.....! Se prendió tras el bosque
 Un cendal luminoso, una franja
 Amarilla y azul, que parece
 Salpicada con polvo de plata.
 Todo va despertando..... El rocío
 En los cálices tersos se cuaja;
 Y ya el viento recorre los bosques
 Entonando sus dulces baladas.
 ¡Leñadores! Volved á la selva,
 Continúa la monótona charla
 De los troncos que gimen heridos
 Al vibrante rumor de las hachas.

¡Cazadores! Tomad la ballesta,
 Perseguid á los ciervos que saltan.
 En los hombros poned los halcones
 Y tocad en las trompas de caza.
 Y tú, triste y errante poeta,
 Ya no cantes, los pájaros cantan;
 Ya la noche pasó; ya se abre
 La pupila curiosa del alba.

¿Verdad que estos versos parecen «espolvoreados por el iris de átomos de luz?» Cuando los escribió el poeta, la Juventud, la querida que lo quiere mucho y á quien él no quiere, leía por encima del hombro de su amante.

Huele el verso á flores nuevas

podríamos decir imitando á Zénea.

Pero esta frescura, esta humedad perfumada, esta riqueza de color, se borra cuando el alma del poeta se ensombrece. Todavía, ya lo dije, no gime en sus versos el dolor; pero sí balbucea el presentimiento. De pronto vuelve el poeta la cara y se encuentra con ese joven vestido de negro que se nos parece mucho y á quien Alfredo de Musset vió desde niño. ¿Quién es? No lo sabe; pero ve que está muy triste.

¡Ojalá que no sea el Urbina de mañana! Ojalá que no cruce este poeta — como dice Justo Sierra en el hermoso prólogo de las poesías á que me refiero — «en la barca infernal el aqueronte del pesimismo.»

Difícil es salvarse de este pesimismo ambiente en que vive la moderna poesía. La ciencia, á pesar de haberse embellecido tanto, no ha determinado aún su fórmula poética. Las tentativas de poesía científica, realizadas por Sully Prudhome, han sido estériles y viven por la enérgica vitalidad que el talento del autor supo infundirles, por sus cualidades literarias, no por el fondo científico en que se arraigan. La filosofía experimental tampoco ha producido poetas: es una interrogación que no puede cerrarse..... una interrogación sin consonante. La misma poesía materialista es tal poesía sólo en cuanto se acoge á la naturaleza y la describe: es poesía por el panteísmo inconsciente que traduce en bella forma. Pero la poesía moderna, la gran poesía, ó es creyente como la de Hugo, ó escultural y fría como la de Leconte de Lisle ó pesimista. «Mientras escribo estas líneas—dice Paul Bourget, en sus *Estudios de Psicología Con-*

temporánea, — al caer de un hermoso día de Junio, miro á un adolescente, de codos en su pupitre de estudiante: las flores se abren amorosamente al pie de la ventana; el rayo tenue del sol poniente, tiende en el horizonte sus líneas de exquisita delicadeza; en el huerto vecino conversan dos muchachas; pero el adolescente nada mira, absorto en la lectura de su libro. ¿Qué lee? las *Flores del mal* de Baudelaire, la *Vida de Jesús* de Renán, la *Salambo* de Flaubert, el *Thomas Graindorge* de Taine ó el *Rojo y Negro* de Bayle.....»

Ese joven adolescente de Bourget, se parece mucho á Urbina. Este propende á vivir en comercio íntimo con los deliciosos enervadores de la voluntad, con los Tristes inmortales. No los comprende bien todavía, no siente como ellos sienten, pero ya los ve como á sus hermanos mayores. Puede él decir con Lamennais: «mi alma nació con una herida.»

Hasta ahora no aparece en sus versos el pesimismo definido, espeso, denso de algunos modernos; pero sí transita por ellos el joven vestido de negro, que se nos asemeja *como un hermano*. Es un escéptico tierno. Viene de las tristezas y va tal vez á los dolores. No es propiamente hablando, poeta de esta edad, poeta complicado, poeta neurótico ó poeta que ahonda los problemas trascendentales de la vida; pero sí es descendiente de los románticos, de los melancólicos, de los que á ratos creían y á ratos no, de los que cantaban en el *Lago* ó en la helada noche de Diciembre. No dirá como Baudelaire:

Morne esprit, autre fois amoureux de la lutte,
L'Espoir, dont l'éperon attisait ton ardeur,
Ne veut plus t'enfourcher. ¡Couche toi sans pudeur
Vieux cheval dont le pied á chaque obstacle butte!
Résigne toi, mon cœur, dors ton sommeil de brute!

Pero sí expresa con suavidad el mismo anhelo de reposo y descanso en esta delicadísima poesía:

SUB TERRA.

Cuando yo muera, que cubran
Con mis cantares el féretro,
Que pongan por almohada
Mis coronas y mis versos;
Quiero llevarme conmigo
A la sombra y al misterio
Todo lo que en este mundo
Brotó de mi pensamiento.

Que me lleven mis amigos
Sin lágrimas y en silencio,
Al rincón más solitario
Del sombrío cementerio
Y cuiden que cave honda
La fosa el sepulturero;
Donde no sea posible
Que llegue á turbarme un eco;
Que allí me dejen, que olviden
Mi paso por este suelo,
O que, si se acuerdan, digan:
—Sufrió mucho, pero ha muerto.—
Y yo dormiré, entretanto,
Soñando si acaso sueño
Con mis desdichas postreras
Con mis amores primeros,
Con las tardes del otoño
Y las noches del invierno
En que, llegando á mi puerta,
La Musa, tocaba quedo,
Se iluminaban de pronto
Las sombras de mi aposento,
Crugía mi negra lámpara,
Lanzaba quejas el cierzo,
Yo deshojaba tranquilo
Las flores de mis recuerdos,
Y Ella, tomando mi frente
Que sellaba con un beso,
Las blancas alas abría
Para remontarme al cielo.
Y como estará cercado
Con mis cantares el féretro,
Tal vez bese mis coronas,
Quizá recite mis versos;
Y si entonces toma forma
Lo que quedó en el cerebro,
—Cual después de los festines
En la copa quedan luego
Las rojas heces del vino—
Si aún se agita el pensamiento,
Os juro que algunos años
Después del triste suceso,
Han de brotar de mi tumba,
Hechos flores, cantos nuevos!

Esto es de Heine, tamizado, de Heine á media luz. El gran poeta alemán dice en el epílogo de su *Intermezzo*:

Enterrar quiero mis cantos,
 Quiero enterrar mis quimeras,
 Féretro insondable quiero,
 Necesito fosa inmensa.
 Ha de guardar muchas cosas
 El ataúd bajo tierra,
 Quiero que tenga más fondo
 Que el tonel de Heidelberg.
 Buscadme féretro duro
 De planchas fuertes y espesas,
 Aún más largo que el gran puente
 Que hay sobre el Rhin en Magencia.
 Y buscad doce gigantes
 De más vigor y más fuerza
 Que el enorme San Cristóbal
 Que hay de Colonia en la iglesia.
 Que lo arrojen al profundo
 Seno de la mar inmensa,
 Que tal ataúd, tal fosa
 Es necesario que tenga.
 ¿Sabéis, ¡ay! por qué es preciso
 Que enorme el féretro sea?
 Porque en él, enterrar quiero
 Mis amores y mis penas.

La poesía de Urbina citada antes, es como la hija tímida de ésta, sin que tal parentesco acuse en Urbina imitación, sino filiación, precedencia, afinidad. En los versos de Heine predomina el elemento masculino; en las del joven poeta mexicano, el elemento femenino. Es tierno, y por ello se alista entre los discípulos pálidos y tristes de Alfredo de Musset. ¿Cómo no ha de recordarse algún pasaje de las *Noches*, al leer este fragmento de la poesía *Llueve?*

Allá.....la noche profunda,
 La tormenta embravecida,
 El combate la fecunda,
 Palpitación de la vida.
 Allá la naturaleza,
 Y la lucha y el ruido,
 Y aquí dentro, la tristeza,
 La soledad, el olvido.

Aquí el humilde aposento
 Donde se entrega al reposo
 Mi cansado pensamiento
 Amarillo y tembloroso
 Brilla en la sombra confusa
 El fulgor de mi bugía.
 —¿Eh? ¿Quién llama?—Yo, la Musa!—
 —¡Entra, pobrecita mía.....!
 ¡Cómo alumbran tus destellos
 Este hogar oscuro y frío!
 ¡Cómo tienes los cabellos
 Empapados de rocío!

 ¡Oh mi amor! En la ventana
 Aún la lluvia se desgrana;
 Deja que tus alas pliegue;
 ¡No te vayas! ¡Y mañana
 Te irás con la luz que llegue!

La nota tierna, sencilla, que brota del corazón naturalmente, es la mejor en Urbina. Cuando canta á las águilas; cuando intenta encumbrarse en las alas de la oda; cuando imita á Byron y exclama:

Al llegar á los negros precipicios
 Mis sueños se espantaron,
 Y cual nocturnos pájaros, los vicios
 En mi pálida frente aletearon;

se ve la ficción, y la poesía resulta deficiente, rebuscada, leída, refleja, pero no sentida. En cambio, cuando recuerda, cuando expresa ese sentimiento nostálgico producido por la ausencia de algo que tiene muchos nombres y que no se logra definir, Urbina es verdadero y su numen más simpático. Dice entonces:

Yo soy muy pobre, pero un tesoro
 Guardo en el fondo de mi baúl:
 Una cajita, color de oro,
 Que ata un brillante listón azul.
 La abro.....¿Qué tiene?.....Hojas de rosas,
 Secas reliquias de viejo amor,
 Alas, sin polvo, de mariposas,
 Mirtos, gardenias y tuberosas:
 ¡Muchos recuerdos en cada flor!

**

El amuleto que ató á mi cuello
 Mi santa madre cuando marché;
 El blondo rizo de aquel cabello
 Que tantas veces acaricié.
 ¡Cómo me alegra la fecha escrita
 En esta opaca cruz de marfil!
 ¡Ah, virgen mía, mi virgencita,
 Aquí conservo la margarita
 Que deshojaste pensando en mí!

Estas son niñadas que siempre han de gustar, así como siempre ha de inspirar amor un niño hermoso. Se siente al leerlas — como dice Menéndez Pelayo, — «levantarse voces interiores que responden á la voz del poeta, y moverse en la memoria, tempestad de hojas secas y dar lumbre todavía al más apagado rescoldo.» *Agnoso veteris vestigia flamæ!*

En una de las primeras composiciones de Urbina, en el poemita *La última serenata*, poetiza con singular acierto sus recuerdos de infancia. Acuérdate de

La ventana ruínosa
 Do mi primera novia me besaba;
 La iglesia de mi barrio, silenciosa,
 Triste, churrigueresca,
 Con su nave elevada y gigantesca,
 Su pórtico de toscas esculturas
 Y sus torres hermosas,
 Recortando, pesadas y angulosas,
 El transparente azul de las alturas.

Aquí hay sobra, abuso de epítetos é inexperiencia en la forma; pero hay también verdad y poesía. Más afortunada es todavía la descripción de la escuela:

Aulas llenas de luz; allí los rayos
 De un espléndido sol, limpio y sereno,
 Brillaban indecisos,
 Ora sobre los rizos
 De cabezas alegres, soñadoras,
 Atentas á la altura
 En que el maestro, reposado y grave,
 Hablaba con mesura;
 Ora por los rincones
 Iluminando solitarios bancos,
 O bien sobre los negros pizarrones,
 Llenos de cifras y guarismos blancos.

Quien así escribe, posee, á no dudarlo, singulares dotes para la poesía descriptiva, para la poesía que pudiéramos llamar *tiernamente descriptiva*. Urbina tiene la inspiración y es dueño ya de un instrumento precioso. Todavía no maneja con toda soltura el arco; aún titubea, vacila, borda la melódica trama con adornos inútiles; pero en algunos trozos revela su genio, y en todos, su temperamento de poeta artista. Vulgar no será nunca; irrespetuoso con el arte, nunca. Está condenado irremediablemente á ser poeta.

¿Qué no hay unidad en su obra poética? ¿Qué no tiene un carácter bien marcado? Esa unidad y ese carácter, la vida, la triste vida es quien los da! Todavía este volumen no es más que lindo ramo empapado de rocío ó — para emplear otra comparación que exprese mejor mi pensamiento, — un nido, en el que aves muy hermosas están aprendiendo á volar. Ya vuelan con donaire y cantan con primor; pero todavía temen alejarse de la encina hospedadora.

¿Qué hay que aconsejar á Urbina? Pues que vea, que oiga, y que nos transmita sus sensaciones en ese idioma de la imagen que habla él tan bien. Los pájaros aprenden á cantar, oyendo á los otros pájaros!

Ahora, señor Editor, estrecho la mano de Ud., y me despido. Traje en mi burdo cesto de ambulante vendedor, las flores de un poeta, de un poeta verdadero. Las dejo en este búcaro de alabastro, y con mi canasto ya vacío, vuelvo al mercado.

